

"LABOREMUS"

**NOTICIA:** En el Teatro de la "Escuela Normal de Maestros", el "Grupo ADAD", presentó, en su función mensual, el drama, en tres actos de Bjornstjerne Bjornson, titulada, "Laboremus". Actuaron en su reparto: Pedro Martín Planas, Carlos García Calderón, María Suárez, Alberto Machado, René Sánchez y Fela Jar. Dirección: Francisco Morin. Escenografía y vestuario femenino de: Andrés. Piano: Manuel Llanos Escobedo. (La acción en un hotel de una ciudad centro-europea, en 1885).

Es allá, por el siglo XVIII, cuando Noruega, el más pobre y menos poblado de los países escandinavos, levanta su voz europea en el concierto de la literatura. El comediógrafo, Ludvig Holberg, barón por sus títulos literarios, es el feliz responsable; más, entre la muerte del



ilustre comediógrafo, acaecida en mil setecientos cincuenta y cuatro, y la incorporación de Ibsen, se extiende un periodo, sino muy largo, si lento y fatigoso, en el que la cultura autónoma no da para el total esplendor del problema estético. Con Henrik Ibsen y después, Bjornstjerne Bjornson, se afirma el nexo, se reniega del aldeanismo y por fin, la noruegización de los frios paisajes, queda unida a Europa, con una obra continuada que llega a nuestros días, enriquecida y consolidada por la variedad de sus producciones.

Bjornson, con Jonás Lie, fueron condiscipulos, distanciados por aulas de edad, en la "studenterfabrik". Ibsen, hermético y Bjornson, expansivo y jovial, forman una pareja singular, dejando fuera al creador de la verdadera novela noruega. Ibsen, viene de fuera, su fama exterior se impone en su patria, mientras que el fuerte y alegre Bjornson, trabaja entre los suyos, levantando su inquieto canto por encima de los cerrados horizontes. Toda su obra de cuentos, novelas, narraciones y comedias, se realiza en una perenne evolución ideológica. En lo religioso, es un fervido cristiano, que se afana, en sus últimos días, por demostrar que, la religiosidad es sólo una idea del hombre, nacida por él y para su angustia. Y en lo político, empieza por ser campeón del paneslavismo, para derivar, luego, hacia el germanismo, con la victoria prusiana de mil ochocientos setenta. Nada le es ajeno. La inquieta revolución espiritual que se levanta en su tiempo, palpita en su gran corazón de oso jovial, que anhela un mundo nuevo, sin serpientes enemigas. Es demasiado humano, para ser un estilista. Concibe el

arte como un instrumento utilitario. Cae y se levanta, agitado por sus propias preocupaciones que, jamás encierra en su pecho, y cae, por fin, noblemente, allá en París, una tarde de Abril de mil novecientos diez, amado por todos y por todo; por sus aciertos, cómo por sus equivocaciones, aureolado por el premio Nobel.

Este "Laboremus", de la última época, es un drama singular, en la que el simbolismo se le mete, sin querer, por las cuartillas. La obra de un músico, su trayectoria ideológica, va a ser, en resumen, por donde el drama va a apretar su nudo. El caso vital, su importancia moralista, en suma, vienen de la vida, pero el arte es el único capaz de recitar la sentencia, y el arte no se ha podido manchar, nunca, con el fango de las malas pasiones. Los dos primeros actos, nos exponen, en largos parlamentos, casi monólogos de bella y apretada prosa poética, los antecedentes del caso. En el tercero y último, el problema del mal y del bien, en la futura partitura, crean el clima indirecto, donde el destino de una realidad se debate en notas orquestales. Hermosa, singular manera de arribar a una solución, donde la maldad es excluida, y donde el destino de felicidad ha de intuirse con voces de ángeles en nutrido coro.

Francisco Morin, fué por esta noche, —su gran noche, sin duda alguna— algo más que un director. Fué un artifice teatral, que en renuncia de lo fácil, se entrega a la difícil colaboración con los valores internos del drama. La composición escénica, el gesto, el ademán, el ritmo, el movimiento, se cuidaron hasta el virtuosismo. Hasta tal punto y medida, que es justo pensar, jamás el teatro, entre nosotros, alcanzó un tan alto rango creador, en trabazón armónica con las raíces literarias de la pieza. Aquel su irreal movimiento de las figuras, en las que la época se ponía de pie en una bella estilización de los perfiles; aquel apasipado decir, sin elocuencia; aquel dar y contenerse, nos abrieron todas las perspectivas de la artística circunstancia, nos la entregaron como hay que entregar una obra literaria cargada de sugerencias, donde se deja, al espectador, la última y cabal palabra dramática. Lástima fué que los actores, escogidos demasiado bisonos para el gran empeño, no pudieran traspasar la categoría de discípulos, de muy buenos discípulos, si se quiere, pero incapacitados de incorporarse la vitalidad psicológica de los personajes.

Más, con ser así, y por paradoja, no puede rebajar esto, la labor

del señor Morin, que puso de su parte todo y algo más aún, de lo que un director, de sólida formación y espíritu selecto, puede poner para un gran triunfo escénico.

Pedro Martín Planas, María Suárez y René Sánchez, trabajaron en esta textura. Bien, muy bien, mucho mejor que antes lo habían hecho, pero sin salirse de la arcilla fácil, en las sabias manos directrices. Alberto Machado, llegó un poco más lejos, y más aún. Fela Jar, aunque es justo reconocer que, sus episodios personajales, facilitaban la tarea.

La escueta y sugerente escenografía, y el exquisito montaje de Andrés, colaboraron en acierto con las ideas del director, lo mismo que el vestuario femenino, bellísima estilización de la época. Aquellas largas puertas, cabe las ondas del cortinaje; los finos muebles, los escogidos objetos, prestaron un marco sin igual a la tensa situación dramática.

Reconozcamos, que por esta vez, el público no llegó adonde debía. Se quedó fuera de los aciertos, despistado por el simbolismo del tablado, atento a las menudencias, sin dejarse arrastrar por las singulares calidades de la obra y de su puesta en escena. No obstante, debemos aclarar que, pocas veces hemos salido de nuestros espectáculos de arte, tan rotundamente satisfechos como esta noche, en la que Francisco Morin, se aupó a una indudable categoría de director, soberbiamente preparado para las grandes empresas del arte de Talía.

L. A. B.